

ENTRE MÉXICO Y LA UNIÓN SOVIÉTICA. LA VISIÓN ESTADOUNIDENSE SOBRE LOS CONFLICTOS SOCIALES EN LA SEGUNDA REPÚBLICA ESPAÑOLA (1931-1936)*

Aurora Bosch
Universidad de Valencia

I. La diplomacia estadounidense en el período de entreguerras

Estados Unidos salió de la Gran Guerra, confirmada como primera potencia económica y militar, capaz de jugar un papel preeminente en el diseño de una política internacional, que restableciera la estabilidad política y superara el caos económico postbélico, posibilitando una expansión comercial sin barreras.¹ En este sentido, Estados Unidos participó en la «Conferencia de Desarme» y ayudó crediticiamente a la Europa postbélica, al tiempo que mantenía en Centroamérica su zona de influencia y tras el conflicto mundial fue extendiéndola hacia Sudamérica, donde sustituyó progresivamente a Gran Bretaña y otras potencias europeas².

En los años veinte, México y la Unión Soviética eran para Estados Unidos los principales problemas diplomáticos y de política exterior.

* Este artículo ha sido posible por la ayuda económica de la Generalitat Valenciana, así como por el apoyo y estímulo del Profeso Richard Herr, en mi estancia en U.C. Berkeley, durante el curso académico 1989-1990.

¹ Thomas G. PATERSON (ed), *Major Problems in American Foreign Policy*, Vol. II, D.C. Heath and Company, Massachusetts, 1984, p. 109.

² Aunque Derek H. Aldcroft, señala que esta ayuda ni se planificó, ni se mantuvo lo suficiente en los «nuevos Países», creados sobre el antiguo Imperio Austro-Húngaro, en los que «Estados Unidos no se mostró dispuesto a ocupar el vacío y promover la recuperación», en «las consecuencias económicas de la guerra y de la paz (1919-1929)», en M. CABRERA, S. JULIÁ, P. Martín ACEÑA, *Europa en Crisis 1919-1939*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1991.

Desde que los bolcheviques tomaron el poder en octubre de 1917, las esperanzas de que Rusia siguiera evolucionando hacia la democracia se desvanecieron. Para el Departamento de Estado el despotismo político, la negativa a cumplir las obligaciones de pago contraídas antes de la Revolución y el proyecto bolchevique de «Revolución Mundial», justificaban la negativa a reconocer el régimen soviético.

Especialmente preocupante para Estados Unidos era el objetivo de revolución mundial, que dominó la política exterior soviética en los años veinte, fomentando los movimientos nacionalistas revolucionarios dentro y fuera de Europa. En 1923, ya Trotsky aseguraba que «la revolución estaba llegando a Europa, tanto como a América, sistemáticamente, paso a paso, tozudamente y con crujir de dientes en ambos bandos. Se extenderá cruel y sanguinaria»³. El temor de Estados Unidos a una extensión de la revolución en su territorio, convirtió las relaciones con la URSS también en un tema principal de política interior.

Ya durante la Primera Guerra Mundial, pacifismo y simpatías con la revolución Rusa se confundían entre los militantes del Partido Socialista Americano y el sindicalismo revolucionario de International Workers of the World. Tras la guerra, de 1919 a 1922, el 20% de la fuerza de trabajo industrial se vio envuelta en uno de los mayores momentos de movilización política radical de la historia norteamericana, en el que el eco y el ejemplo de la revolución rusa tuvieron una gran influencia.

La dura represión contra este movimiento hizo que el resto de la década de los veinte estuviera dominada por el conservadurismo y la «caza del rojo», de lo que fueron expresión extrema las deportaciones políticas y la ejecución de los anarquistas Sacco y Vanzetti en 1927. Paralelamente las grandes inmigraciones de trabajadores rurales del sur —blancos, negros y mujeres— hacia las nuevas industrias punta del norte y medio-oeste, caracterizaron un período de gran desarrollo económico e indefensión sindical.

El impacto de la revolución mexicana fue menor en la agitación política y sindical norteamericana, pero enormes sus posibles repercusiones económicas —dado el elevado volumen de inversiones norteamericanas— y el ejemplo sobre el resto de centroamérica, zona de influencia e intervención norteamericana preferente. Desde el comienzo de la revolución en 1910 hubo una ruptura de las relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos y en la constitución mexicana de 1917 se hacía una clara apuesta por el nacionalismo económico. En 1919 el De-

³ Citado en «Hughes opposes recognition of Soviet Russia», 19 Julio de 1923. En T.G. PATERSON (ed), *op. cit.* p. 117.

partamento de Estado catalogó al gobierno de Carranza como bolchevique, pero la situación cambió con el gobierno de Obregón (1920-1924), que apostó por evitar la intervención norteamericana y conseguir el reconocimiento diplomático (1923), a cambio de reanudar los pagos de la deuda externa.

El nacionalismo económico del gobierno de Calles (1924-1928) y del maximato (1928-1934) se dirigió contra las compañías petroleras y cuando la situación económica empeoró se decidió suspender los intereses de la deuda (1928), con lo que se reanudó el conflicto con EE.UU., que no refrendó los acuerdos negociados con Obregón. Por otro lado Calles tomó medidas anticlericales, que no le llevaron solo al conflicto con la Iglesia, sino a «la guerra de los cristeros» o «cristiada». La presidencia de Cárdenas (1934-1940) acentuó todos los aspectos nacionalistas y anticlericales y comenzó con los redistributivos. Las compañías petrolíferas fueron nacionalizadas en marzo de 1938, la separación de la Iglesia y el Estado se acentuó en el ámbito educativo y comenzó la Reforma Agraria, potencialmente viable desde la constitución de 1917, distribuyendo 18 millones de hectáreas.⁴

Para el Departamento de Estado, el ejemplo revolucionario mexicano y el bolchevismo contaminaron en el período de entreguerras toda centroamérica. En 1927, el Secretario de Estado señalaba que los líderes bolcheviques estaban usando América Latina y México como base de sus actividades contra EE.UU. y eran responsables de la reciente revolución en Nicaragua, que hizo necesaria la intervención de 5.000 marines. También creyó que era un levantamiento comunista, el que se realizó en 1932 contra la dictadura militar salvadoreña y en Cuba apoyaron el golpe de Fulgencio Batista en 1934, contra lo que creían que era el «gobierno comunista», que había llegado al poder en 1933 contra la corrupción y en plena crisis económica.⁵ Ciertamente, desde 1929 el Comintern estaba tratando de intervenir en los asuntos de México y del resto de los países «semicoloniales» latinoamericanos. Según Héctor Cárdenas⁶, el despliegue de esta estrategia por el Comintern tendría como consecuencia no sólo la injerencia en México, Argentina y Uruguay, con la consiguiente ruptura de relaciones diplomáticas; sino la in-

⁴ Leslie BETHELL, ed., *Historia de América Latina*, vol.9., Crítica, Barcelona, 1992, pp. 146-180. Fernando Benítez, *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana*, México, F.C.E., 1985, pp. 153-156.

⁵ Douglas LITTLE, *Malevolent Neutrality*, Cornell University Press, 1985, pp. 19-20.

⁶ Héctor CÁRDENAS, *Historia de las relaciones entre México y Rusia*, México, F.C.E., 1993, pp. 191-193.

tervención en la rebelión de Farabundo Martí en El Salvador en 1932, en los levantamientos campesinos en el sur de Chile y en la revuelta de Luis Carlos prestes en Brasil en 1935.

A partir de 1929, la gran depresión hizo que por una década los problemas internos suplantarán a las preocupaciones internacionales. Esta fue la tendencia tanto en la presidencia de Hoover, como en la de F.D. Roosevelt desde 1932. De esta forma el presidente con educación más cosmopolita que EE.UU. había tenido durante décadas y convencido internacionalista, se vio obligado por la gravedad de la depresión a concentrar sus esfuerzos en materializar el «New Deal» económica y socialmente⁷.

En este contexto, la caída de Primo de Rivera en enero de 1930 y la inminencia de un cambio político, anunciado por la agitación huelguística y la movilización política del año treinta, eran examinados diplomáticamente por los delegados de la administración Hoover como los preliminares de una revolución comunista. Con el filtro de ese temor y el de una política nacionalizadora tipo México, en el Departamento de Estado tomaban las decisiones sobre España. El objetivo de este artículo no es insistir en este aspecto diplomático global, excelentemente analizado ya por Douglas Little en su libro *Malevolent Neutrality* (1985), sino centrarme en la visión que los diplomáticos norteamericanos tenían y transmitían sobre los conflictos sociales españoles, contrastándola con la visión de un periódico liberal como el *New York Times* y contextualizándola en los propios problemas y conflictos sociales norteamericanos.

La estructura del artículo tiene dos partes, que corresponden a las dos administraciones norteamericanas que cubrieron el período republicano —Hoover y Roosevelt— y que consecuentemente nombraron distintos embajadores, que en este caso difirieron radicalmente en su apreciación del régimen republicano y por tanto en su información al Departamento de Estado. De enero de 1930 a octubre de 1933, el embajador nombrado por el presidente republicano Hoover fue Laughlin y su mandato coincidió con el cambio de régimen, el gobierno provisional y la mayor parte de la gestión del gabinete republicano-socialista y por tanto del inicio de las primeras grandes reformas y de la agitación social que en torno a ellas se generó en los años 1932 y 1933. El período de octubre de 1933 hasta el final de la guerra civil fue cubierto por el embajador Bowers, nombrado por F.D. Roosevelt, y cubrió por tanto

⁷ Esta es la tesis de Robert DALLEK, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945*, Oxford University Press, New York, 1981, pp. 3-34.

el período de reorganización y triunfo de las derechas, la radicalización de las fuerzas políticas, octubre de 1934 y el triunfo del Frente Popular en febrero de 1936. Bowers continuará en su puesto hasta marzo de 1939, fecha en que dimitió por no compartir la política norteamericana con respecto a España.

II. Conservadurismo y anticomunismo en la visión de Laughlin. Enero 1930-octubre 1933

Las relaciones diplomáticas con España, muy deterioradas tras la guerra Hispano-Cubana de 1898, fueron distantes hasta los años veinte, mejorando mucho al comienzo de la dictadura de Primo de Rivera, al permitirse las inversiones de grandes compañías como la ITT. Sin embargo, la creación en 1928 de la empresa CAMPSA, como monopolio nacional de la distribución de petróleo, auguraba dificultades a las inversiones extranjeras. En enero de 1930, cuando Primo de Rivera fue sustituido por el general Berenguer, las preocupaciones diplomáticas más importantes para la administración norteamericana eran la subversión de izquierdas, la seguridad de las inversiones y el temor a las restricciones comerciales, que podía imponer España, para defenderse de la depresión económica.

No en vano, como ya hemos señalado, desde el derrumbe de la bolsa de Nueva York en octubre de 1929, Estados Unidos estaba conociendo la crisis más grave de su historia, tras un período de exuberante prosperidad en las industrias punta y la especulación bursátil. Pero a la caída de los precios agrícolas constantes ya en los años veinte, se unió a partir del «crash» de Wall Street las quiebras de numerosos bancos e industrias, que fueron elevando el desempleo forzoso hasta niveles desconocidos y haciendo más duras y precarias las condiciones de trabajo, para los que aún conservaban el empleo.⁸

El embajador de EE.UU. en Madrid desde 1929 era Irwin B. Laughlin, diplomático de carrera de 57 años, miembro de una acaudalada familia de Pittsburgh, republicano conservador y casado con una católica. Desde su llegada a Madrid estableció estrechos lazos con el rey y el círculo de aristócratas que lo aconsejaban, por lo que veía con simpatía el intento de Alfonso XIII, para reforzar la monarquía constitucional⁹.

⁸ Gerald MARKOWITZ and David ROSNER (ed). *Slaves of the Depression*, Cornell University Press, 1987, pp. 1-16.

⁹ D. LITTLE, *op. cit.* p. 51.

Inmerso en los círculos monárquicos no dio importancia al Pacto de San Sebastián, ni calibró la importancia de la movilización republicana, que él y sus informadores confundieron con subversión comunista.

Así, el 10 de marzo de 1930, Laughlin informaba que la situación era «grave», pero no alarmante, pues no había una insurrección organizada, los republicanos eran pocos y la gran masa de la población era letárgica y estaba dominada por la Iglesia¹⁰. En contraste, el informe de la Cámara de Comercio Americana en España del día siguiente, señalaba que la situación no podía ser más tranquila y que eran infundados los rumores sobre movimientos revolucionarios e insurrecciones políticas¹¹. Por otro lado, el embajador insistía en el mes de abril en la fortaleza y popularidad personal del rey «a pesar de la situación caótica».

En el otoño de 1930, la preocupación por una insurrección comunista reapareció. El cónsul de Valencia envió a la embajada por primera vez noticias alarmistas sobre la situación en Valencia, «recogidas entre personas bien informadas». La fuerte propaganda comunista, no de tipo ruso, pero partidaria de la acción directa explicaba que «la gente de los numerosos pueblos sólo espere la iniciativa de la ciudad para alzarse y desarmar a la guardia civil»¹². Había también posibilidad de que se declarase una huelga general y se produjera un alzamiento popular, si la monarquía no acababa en el último trimestre de 1930.

El movimiento republicano, programado para diciembre, intentó que así fuera, pero fracasó mas allá de la insurrección de Jaca. En adelante, los republicanos optaron por las vías no insurreccionales y aceptaron participar en las elecciones municipales para conseguir instaurar el régimen republicano. Para la embajada norteamericana no había duda de que la insurrección de Jaca y el frustrado levantamiento general era «comuno-bolchevique» y directamente inspirada por Moscú, opinión que a juicio del embajador parecía compartir el gobierno español¹³. Al acabar el año 1930, aunque Laughlin pensaba que podía organizarse algún otro movimiento, consideraba la monarquía a salvo y

¹⁰ Laughlin to Secretary of State, Madrid 10 marzo 1930. Confidential U.S. State Department. Central Files. Spain. Internal Affairs, 1930-1939, part. I., rollos 3 y 4 (En adelante se citará exclusivamente a partir de Spain.Internal...).

¹¹ E.L. Bacher, director comercial de la Cámara de Comercio Americana a J.Theodore Marriner, jefe de la división de Europa Occidental en el Departamento de Estado. Barcelona, 11 marzo de 1930. Spain. Internal Affairs, part. I. rollos 3 y 4.

¹² Clement S. Edwards a I.B.Laughlin. Valencia, 20 septiembre de 1930.Spain, Internal Affairs.part. I. rollos 3 y 4.

¹³ Laughlin to Secretary of State, Madrid 16 de diciembre de 1930. Spain. Internal Affairs. Part. I. Rollos 3 y 4.

«más firmemente asentada que en cualquier momento desde la caída de la dictadura»¹⁴.

Esa convicción en la fortaleza de la monarquía, le impidió prever el descrédito de la institución y el crecimiento del sentimiento republicano. El triunfo republicano en las elecciones municipales del 14 de abril le sorprendió, creía que el comunismo podía capturar al «nuevo y débil régimen» y seducir fácilmente a un pueblo español, «con una mentalidad del siglo XVII», por lo que no recomendaba el inmediato reconocimiento de la República, aunque sí algún tipo de «modus vivendi» para tratar con las nuevas autoridades¹⁵.

El día 16 de abril el Secretario de Estado pedía más información a Laughlin sobre el nuevo régimen y a los embajadores norteamericanos en París, Londres, Berlín y Roma, para conocer la actitud de los principales gobiernos europeos respecto al reconocimiento de la República Española. El día 18 de Abril Francia reconoció a la República¹⁶. En Alemania, aunque contemplaban el cambio de régimen como inevitable y seguirían el ejemplo de otros gobiernos, no correrían a reconocerla¹⁷. En Gran Bretaña el reconocimiento de la República estaba ya siendo aprobado por los dominios¹⁸ y en Italia no se había tomado aún una decisión¹⁹.

Con esta información, el Secretario de Estado pensaba que el gobierno provisional controlaba la situación, excepto en Cataluña y que el nuevo régimen debía ser reconocido, pero había que esperar a que lo hicieran antes otras potencias europeas. «pues la situación española es principalmente preocupación de algunos gobiernos europeos(...)»²⁰. El día 21 de abril Laughlin recibió autorización para reconocer al «Gobierno Provisional de la República Española», una vez lo hiciera Gran Bretaña²¹.

¹⁴ Laughlin to Secretary of State, Madrid, 20 de diciembre de 1930. Spain. Internal Affairs, part. I. Rollos 3 y 4.

¹⁵ Laughlin to The Secretary of State, Madrid, 16 abril 1931, pp. 985-986. Telegrama 852.00/1818. Foreign Relations, 1931, Volume II, p. 985-986.

¹⁶ The Ambassador in France (Edge) to The Secretary of State, Paris 18 de abril de 1931. Telegrama 852.01/26. Foreign Relations, p. 988-989.

¹⁷ The Ambassador in Germany (Sackett) to The Secretary of State, Berlin, 18 de abril de 1931. Telegrama 852.01/28. F.R. p. 989.

¹⁸ The Ambassador in Great Britain (Dawes) To The Secretary of State. Telegrama 852.01/25. F.R. p. 991.

¹⁹ The Ambassador in Italy (Garrett) to the Secretary of State, Roma, 18 de abril de 1931. Telegrama 852.01/27. F.R. p. 992.

²⁰ Secretary of State to the Ambassador in Spain (Laughlin). Washington, April 19, 1931. Telegrama 852.01/30. F.R. p. 993.

²¹ Secretary of State to the Ambassador in Spain (Laughlin). Washington, 21 de abril de 1931. Telegrama 852.01/33. F.R. p. 994.

Pasados unos días, el 2 de mayo de 1931. Laughlin redactó un informe totalmente exento de la alarma inicial sobre el cambio de Régimen. Señalaba la ausencia de conflictos y la tranquilidad general, que atribuía a que el gobierno controlaba la situación y a que los «españoles en general quieren que el cambio de gobierno se haga tan tranquilo y ordenado como sea posible». Apreciaba también una «ausencia total de signos de rencor» contra los monárquicos, por parte del nuevo gobierno, del que por cierto estaba poco informado de personajes que serían clave como Manuel Azaña o Indalecio Prieto.²²

La quema de iglesias y conventos el 10 de mayo asustó a amplio sectores de la clase media republicana y reforzó entre los políticos conservadores norteamericanos la idea de que España caería pronto en la subversión soviética. Paradójicamente el embajador realizó un informe sosegado de los incidentes, responsabilizando al gobierno por no haber actuado con prontitud, señalando que los responsables fueron una «minoría extremista» y que población y gobierno estaban contra los hechos. Pero estas opiniones estaban matizadas por un epígrafe final, que bajo la palabra «secret» señalaba lo siguiente:

«Si se dice alguna cosa desfavorable sobre el nuevo régimen es tomado como si EE.UU. y su embajador fueran antagonistas, así que la más ligera falta de precaución podría llevar a una situación incontrolable con las autoridades españolas y me obligaría a dejar España precipitadamente.»²³

Con el fondo de estas afirmaciones realizadas el 12 de mayo de 1931, en los días siguientes Laughlin daba cuenta de las peticiones de asilo y protección de religiosos y monárquicos²⁴ y elaboraba su informe personal más detallado sobre el cambio de Régimen. En el informe destacaba la imposibilidad de catalogar la «revolución republicana», por no parecerse «a ningún otro movimiento que nosotros generalmente asociamos con tal término», sería mas bien una evolución, que podría parecerse a la Revolución Griega de 1923-1924, pues combinaba también República y Reforma Agraria. Seguía pensando que el rey era «el mejor de los políticos», pero la aristocracia y especialmente los grandes de España, terratenientes absentistas, incapaces y egoístas. Habían

²² Laughlin to Secretary of State, Madrid, 2 de mayo de 1931. Spain, Internal Affaires, part. I. rollos 3 y 4.

²³ Laughlin to Secretary of State, Madrid, 12 de mayo de 1931. Spain, Internal Affaires, part. I, rollos.3 y 4.

²⁴ Laughlin to Secretary of State, mayo, s.d., 1931. Spain, Internal Affaires, part. I. Rollos 3 y 4.

sido los culpables de la derrota monárquica. Aunque consideraba positiva la tranquilidad dominante, creía que lo peor vendría, cuando pasados los primeros momentos de entusiasmo y expectación, creciera el descontento popular, incitado por «extremistas de dentro y fuera del país.»²⁵

El descontento comenzó a manifestarse ya de abril a diciembre de 1931 en las zonas latifundistas y en las principales ciudades, pero aumentó enormemente en 1932 y 1933 al ir aplicándose la legislación laboral reformista elaborada por Largo Caballero y especialmente cuando reformas tan anunciadas como la Reforma Agraria, no llegaban a ponerse en práctica satisfactoriamente.

Los informes diplomáticos ya habían dado cuenta detallada del movimiento huelguístico de 1930 y 1931, dónde Laughlin veía la mano de los comunistas en las huelgas generales de noviembre de 1930 en Madrid y Barcelona, conjugada con el ambiente de incertidumbre política que precedía el cambio de régimen. Este movimiento huelguístico tuvo una repercusión inmediata en las alzas salariales posteriores al 14 de abril de 1931, detalladamente descritas en todos los informes consulares, destacando el comentario del cónsul de Alicante que, discrepando del embajador, achaca las huelgas y el descontento exclusivamente a salarios mucho más bajos que los de otros países europeos y EE.UU.²⁶

Otra de las grandes preocupaciones diplomáticas era la relativa a los intereses norteamericanos en España. Los informes consulares entre mayo y junio de 1931 eran tranquilizadores y en algunos casos como en Valencia se esperaba una mejora de relaciones con la República, pues las autoridades locales parecían «mas liberales que en el gobierno anterior»²⁷. Esta actitud optimista era también la de Málaga, si bien en Alicante, Bilbao, Tarragona y Vigo los informes consulares eran más pesimistas, pero nadie detectaba peligro alguno para los intereses norteamericanos. El único ataque concreto que se percibió en aquellos primeros meses republicanos contra los intereses estadounidenses fue una campaña contra el cine de Hollywood, expresada en el congreso cinematográfico Hispanoamericano de julio de 1931, como defensa

²⁵ Laughlin to Secretary of State. Informe personal, mayo, s.d. 1931. Spain, Internal Affairs, part.I, rollos 3 y 4.

²⁶ Manuel J. Codoñer, Vice-Cónsul norteamericano en Alicante a Laughlin, Alicante 28 de octubre de 1931. Spain, Internal Affairs, part.II, rollo 11.

²⁷ S. Reid Thompson, cónsul en Valencia al cónsul General en Barcelona, Valencia, 28-28 de mayo de 1931. Spain Internal Affairs, part. II, rollo 19. Los informes del resto de los cónsules se encuentran en el mismo rollo.

frente a la amenaza cultural estadounidense y por deseo de desarrollar una industria cinematográfica nacional. Esta campaña contrastaba con el gran éxito popular del cine norteamericano en España, «debido a que el doblaje comenzó desde el principio, utilizando prestigiosos actores nacionales.»²⁸

Por más que el embajador y otros medios diplomáticos norteamericanos responsabilizaran a la subversión comunista del cambio de Régimen, de las primeras huelgas y conflictos y tuviera una confusión permanente entre anarquistas y comunistas, el Partido Comunista Español tuvo escaso protagonismo en estos acontecimientos. La III Internacional en efecto intentó que el P.C.E. aprovechara la situación en España —el eslabón más débil del capitalismo en Europa— para convertir la agitación republicana en una revolución bolchevique. El pequeño P.C.E., con sólo unos centenares de militantes en 1930, siguió la línea radical marcada por Moscú y no formó parte del Comité Republicano, pues ante el cambio de régimen buscaba el establecimiento de una dictadura democrática de obreros y campesinos, dirigida por el proletariado, a cuyo frente estaría el P.C.E. Se opuso después a todas las reformas republicanas: consideraba conservadora la Ley de Reforma Agraria, insuficiente el Estatuto de Autonomía de Cataluña y la legislación laboral servía a los intereses de la burguesía, pues «se buscaba con ellas apaciguar la tormenta, dividir y anular a las organizaciones obreras y, sobre todo, consolidar la explotación obrera y campesina de los capitalistas en las relaciones de trabajo»²⁹.

Ni un solo diputado comunista formó parte de las Cortes Constituyentes y el fracaso del PCE en aprovechar la coyuntura republicana le distanció de las directrices de la Internacional Comunista, que insistía en que se formaran soviets y estaba más interesada en detener trostkistas, que en defender los intereses populares. El distanciamiento se convirtió en censura y el secretario general —José Bullejos— y la ejecutiva fueron destituidos en 1932.³⁰

En contraste con la información confidencial que el embajador enviaba al Secretario de Estado, el periódico liberal «The New York Times» ofrecía a sus lectores una imagen bien distinta de la transición a la República y los primeros meses del nuevo régimen. Consciente del

²⁸ Informe del Cónsul General, Claude I. Dawson, al Departamento de Estado. Barcelona, 21 de julio de 1931. Spain, Internal Affairs, Part. II. rollo 2.

²⁹ Rafael Cruz, *El Partido Comunista de España en la II República*. Madrid, Alianza Universidad, 1987, p. 131.

³⁰ *Ibidem*. Cap. 10.

creciente sentimiento republicano en las ciudades y del descrédito de la monarquía no le sorprendió tanto el triunfo republicano en las elecciones municipales, como que estas provocaran un cambio de régimen y que de repente todos los españoles se hicieran republicanos. En cuanto a la actitud con respecto a la Segunda República, creía que debía ser de tolerancia « al juzgar los esfuerzos de los españoles para volver a la libertad y el autogobierno, tras los años de dictadura»³¹.

También Rusia era para el *New York Times* la medida de la evolución española, pero sólo para resaltar la diferencia en la trayectoria política de ambos países, destacando la moderación española y su apuesta firme por la democracia³². Esta opinión no obviaba que fuera consciente de tres graves problemas latentes: el problema catalán, el problema social y las relaciones Iglesia-Estado, que esperaba se resolvieran por medios pacíficos. En concreto, respecto a la posible amenaza de revolución social, a diferencia de la información diplomática, sabía claramente que provenía de los anarcosindicalistas españoles y no del bolchevismo ruso.

Los peores augurios de la diplomacia norteamericana con respecto a la República parecieron confirmarse al comenzar el año 1932. Los enfrentamientos sangrientos entre campesinos y guardia civil comenzaron con el año en Castilblanco, Zalamea de la Serena, Calzada de Calatrava, Epila, Jeresa, Arnedo. El mismo mes de enero tuvo lugar la primera insurrección anarquista en el Alto Llobregat. En 1933 otras dos insurrecciones tendrían eco especial en algunas zonas rurales y los conflictos y choques con la fuerza pública continuaron a lo largo de 1932 y 1933, haciendo de la violencia en el campo una de las características del período. Entre los motivos que podían explicar esta atmósfera de tensión, aparte de la actitud insurreccional de la CNT, estaba el aumento importante del paro agrícola y los escasos medios que la República empleó para paliarlo; la hostilidad absoluta de los propietarios a las reformas de la República; la inadecuación y falta de efectivos de las fuerzas de orden público para la vida democrática; la tensión entre una legislación reformista y unas autoridades municipales con fidelidades monárquicas y el conjunto de esperanzas y frustraciones, que una reforma agraria, prontamente anunciada, pero aún no convertida en ley provocaba.

³¹ *The New York Times*, 16 de abril de 1931. Editorial.

³² «Cinco meses después de la revolución de 1917 en Rusia, aquel país estaba cayendo en el bolchevismo. Después del mismo lapso de tiempo, tras su revolución de abril, España parece asentada en su proyecto republicano». *The New York Times*, 20 septiembre 1931, Editorial.

Como ya hemos visto la información diplomática era naturalmente sensible a las reformas económicas de la II República y muy particularmente a la Reforma Agraria. Cuando se estaba debatiendo la Ley de Reforma Agraria en las Cortes se considera que era «claramente comunista en sus consideraciones», a la vez que se parecía a la ley mexicana «que no ha probado su éxito ni en su aplicación, ni en sus resultados». El embajador Laughlin añadía el siguiente juicio: «El experimento en España, (...) será visto con gran interés como una demostración práctica en un país de cultura avanzada, como una forma avanzada de comunismo.»³³ Tras la aprobación de la Ley el 12 de septiembre de 1932, Laughlin manifestaba sus dudas sobre el éxito de una reforma «de naturaleza socialista», que entronizaba el principio de asociación cooperativa, potencialmente conflictivo «con el rasgo individualista del carácter español».³⁴

Por otro lado el Cónsul General, Claude I. Dawson, realizaba en diciembre de 1932 un análisis exhaustivo de la situación del campo español y de las dificultades para aplicar la Ley de Reforma Agraria. Entre ellas la más grave era no poder cumplir el ritmo de 70.000 asentamientos campesinos al año, por el escaso presupuesto dedicado a la aplicación de la Reforma³⁵. En efecto, este hecho fue constatado rápidamente por los campesinos afectados y constituyó un foco de tensión constante durante el año 1933; al tiempo que los propietarios organizaban su protesta contra la aplicación de la Ley.

En cuanto a la consideración sobre los numerosos conflictos con los que comenzó el año 1932, el embajador los catalogaba por primera vez como anarcosindicalistas y endógenos y apuntaba como motivo principal del descontento, la desilusión popular ante el incumplimiento de promesas realizadas en las pasadas campañas por republicanos y socialistas y quizás a las maquinaciones de ciertos extremistas», entre los que se encontraban agentes externos comunistas, algunos de los cuales habían sido detenidos y deportados³⁶. En su opinión, influida por el periódico conservador «La Época», «sólo una drástica y efectiva ley de orden público evitará a la nación cometer suicidio»³⁷. Aún así cuando

³³ Laughlin to Secretary of State, Madrid 17 de mayo de 1932. Spain, Internal Affairs, Part. II, rollo 16.

³⁴ Laughlin to Secretary of State, San Sebastián, 26 de septiembre de 1932. Spain, Internal Affairs, Part. II, rollo 16.

³⁵ Claude I. Dawson to Secretary of State, Barcelona, 19 de diciembre de 1932. Spain, Internal Affairs, Part. II, rollo 16.

³⁶ Laughlin to Secretary of State, Madrid, 22 Enero 1932. Spain, Internal Affairs, Part. I, rollos 3 y 4.

³⁷ Laughlin to Secretary of State, Madrid, 22 enero 1932. Spain, Internal Affairs, Part. I, rollos 3 y 4.

hacia el balance del primer año de República, creía que muchos sectores de la opinión pública se sentían descontentos o desilusionados, pero no hasta el punto de amenazar al Régimen.³⁸

En el mes de noviembre de 1932 el embajador Laughlin señalaba que los informes consulares en el futuro debían divagar menos y ser más analíticos. Entre los aspectos que la embajada recomendaba se tuvieran en cuenta para los informes político- económicos destacaban: la evidencia del cambio de actitud hacia el presente gobierno central, la extensión del sentimiento a favor de los estatutos regionales, la extensión del desempleo y de las medidas reales para combatirlo, la confección de perfiles biográficos de personajes preeminentes, las pruebas de deslealtad, desconfianza o insubordinación entre las fuerzas armadas y la naturaleza y extensión de los extremismos de derecha e izquierda, con especial atención a la naturaleza y efectividad de la propaganda comunista y sindicalista³⁹. Al finalizar el año 1932 se señalaban en efecto rumores y preparativos tanto de huelgas revolucionarias y sindicalistas, como de la persistencia de movimientos subversivos de derecha.

En cuanto a la información del *New York Times* para el año 1932, el relato de la insurrección del Alto Llobregat aparecía en primera página el 22 de enero de 1932, destacando la naturaleza anarquista del movimiento y la opinión de Azaña de que comenzó fuera de España. Unos días antes, en las páginas editoriales se presentaba a la República, como un ejemplo de transición democrática —a diferencia de Rusia— gracias a la moderación y a la suerte⁴⁰, pero a finales del mes de enero se señalaba que además de los anarquistas, los comunistas troskistas y el líder socialista Largo Caballero buscaban la revolución social.⁴¹

En el mes de febrero de 1932, aparte de informar sobre la fracasada huelga general de la CNT en protesta por la deportación de los participantes en la insurrección de Enero⁴², se insistía en las malas relaciones entre el gobierno español y la URSS, señaladas también por el embajador norteamericano. El gobierno español, que tenía la intención de establecer relaciones con la URSS, se negó a firmar un tratado comercial con el régimen soviético. «porque sabe que parte de la insurrección

³⁸ Laughlin to Secretary of State, Madrid, 14 de abril de 1932. Spain, Internal Affairs, Part. I, rollos 3 y 4.

³⁹ Laughlin to Secretary of State, Madrid, 8 de noviembre de 1932. Spain, Internal Affairs, Part. I, rollos 3 y 4.

⁴⁰ «A lesson from Spain», *New York Times*, 10 de enero de 1932.

⁴¹ *New York Times*, 30 enero de 1932.

⁴² *New York Times*, 12 y 16 de febrero de 1932.

roja viene de Rusia (...) la mitad de los beneficios de una de las más ricas minas de Rusia, se dedicará este año a promover la Revolución en España»⁴³. En relación con este tema se informaba también de la detención del supuesto asesino de Dato, el cenetista Ramón Casanellas, y del descubrimiento de planes para una revolución comunista a gran escala para principios de abril, en la que estaban implicados delegados rusos, llegados a Barcelona con amplios fondos, para establecer contacto con líderes anarquistas y sindicalistas. Este «Frente Unido» estaba organizando el más peligroso movimiento contra la República hasta la fecha.⁴⁴

En los meses siguientes se informaba sobre todo del problema catalán —por la discusión del Estatuto de Autonomía—, la Sanjurjada, el peligro de que se extendiera a Sudamérica una experiencia de revolución democrática totalmente distinta a la estadounidense, así como opiniones respecto al gobierno y las reformas republicanas. Respecto al gobierno, el periódico neoyorquino señalaba que la mayoría de sus miembros eran laicos, partidarios de una avanzada socialización, «ultramodernos» en una nación esencialmente anticuada⁴⁵. En cuanto a las reformas, constataba la realidad de que estaban bloqueadas por falta de presupuesto.⁴⁶

El año 1933 siguió la tónica conflictiva del anterior, debido a la continuación de la línea radical-insurreccional en la CNT y sobre todo a las tensiones que suscitaba la aplicación de la Reforma Agraria, aprobada en el mes de septiembre de 1932. Las sociedades obreras aumentaron su radicalidad por la lentitud y timidez de su aplicación, mientras los propietarios organizaron su protesta contra la Ley y La misma República.

Lo más destacado de la información diplomática correspondiente al año 1933 eran las noticias referidas a la insurrección anarcosindicalista de enero y la despedida del embajador Laughlin. Respecto a la insu-

⁴³ *New York Times*, 26 de febrero de 1932.

⁴⁴ «Big Plot Revealed by Spanish Arrest», *New York Times*, 22 de marzo de 1932. Respecto a la intervención soviética en el movimiento insurreccional y huelguístico, señalaba Manuel Azaña en su diario el 22 de enero de 1932: «La conjuración de los extremistas era muy vasta. Por fortuna se ha podido cortar a tiempo, porque teníamos en la mano algunos hilos, recibimos informes del extranjero (Berlín, Viena) haciéndonos saber las conferencias de los delegados rusos con emisarios españoles, y las líneas generales de lo que nos decían desde fuera coincidían con los informes recogidos por los gobernadores». M. AZAÑA, *Memorias Políticas y de Guerra*. Vol. 1. Barcelona, Crítica, 1978, p. 384.

⁴⁵ *New York Times*, 12 de junio de 1932.

⁴⁶ *New York Times*, 18 de diciembre de 1932.

rrección se señalaba que estaba bien organizada y financiada. «quizás con ayuda externa», y que había sido el asalto más serio contra el régimen republicano, desde la revuelta monárquica del 10 de agosto de 1932⁴⁷. En cuanto a la ideología del movimiento se identificaba como «anarcosindicalista» y se atribuía al descontento en la aplicación de la Reforma Agraria, desmarcando la intervención del Comintern, que según la embajada estaba dedicando sus limitados esfuerzos «en adoctrinar al ejército, dónde se han establecido muchas células»⁴⁸. En cuanto a la despedida del embajador, Laughlin en sus últimos informes de septiembre, señalaba con alivio que la tendencia política era fuertemente hacia la derecha, lo que consideraba un signo de estabilidad y fuerza de la República.⁴⁹

En cuanto al *New York Times* destacaba que la insurrección anarquista había sido dominada rápidamente y que a pesar de los problemas España no podría volver atrás, «pues habría un levantamiento de anarquistas, comunistas e incluso socialistas(...)»⁵⁰. Por otro lado, tras la derrota republicano-socialista en las elecciones municipales del 23 de abril de 1933, destacaban que la actividad política se había enconado hasta el punto de que «la lucha por construir una nueva España se había convertido en «una lucha de clases». El periódico señalaba que los conservadores y la clase media «insistían en que las recientes elecciones municipales, que les habían dado la victoria, demostraban que el país había reaccionado y la coalición de izquierdas debía dejar paso al poder»⁵¹. En cuanto a las próximas elecciones generales a celebrar en noviembre de 1933, el periódico neoyorkino opinaba que a diferencia de Rusia, España seguiría su camino democrático⁵² y añadía unos días después que las leyes más radicales no se habían materializado y que la gente podía entender que el «ultraconservadurismo o una dictadura militar provocaría una revuelta proletaria y una dictadura de los trabajadores en las presentes circunstancias»⁵³.

⁴⁷ Laughlin to The Secretary of State, Madrid, 13 de Enero de 1933. Spain, Internal Affairs, Part. I, rollos 3 y 4.

⁴⁸ Laughlin to The Secretary of State, Madrid, 27 de enero de 1933. Spain, Internal Affairs, Part. I, rollos 3 y 4.

⁴⁹ W. Phillips, subsecretario del Departamento de Estado al Secretario de Estado, Washington, 28 de septiembre de 1933, «Memorandum of Conversation with the Spanish Ambassador, September 28», Spain, Internal Affairs, part. II, rollo 3.

⁵⁰ *New York Times*, 15 de enero de 1933.

⁵¹ «Spanish Republic is a Crossroads», *New York Times*, 7 de mayo de 1933.

⁵² *New York Times*, 17 de Septiembre de 1933.

⁵³ *New York Times*, 14 de octubre de 1933.

III. Apoyo a la democracia y simpatías por la República con C. Bowers. Octubre 1933-julio 1936

En plena campaña electoral para las elecciones generales de noviembre de 1933, se produjo el relevo del embajador norteamericano, que tendría enorme trascendencia en la información que recibía el Departamento de Estado sobre España. Claude Bowers reemplazó a Irwin Laughlin el mes de octubre de 1933. Amigo personal de Roosevelt, contrastaba totalmente con su predecesor; era un demócrata Jeffersoniano, admirador de Azaña, que había recibido la embajada como un premio por su servicio en la campaña presidencial de 1932 y pretendía mejorar las relaciones hispano-norteamericanas y contribuir a que la democracia se afianzara en España⁵⁴.

En el panorama internacional, la ascensión de Hitler al poder desde enero de 1933 y sobre todo el expansionismo japonés en el extremo oriente, orientaron a F.D. Roosevelt en 1933 a intentar convencer al Congreso y la opinión pública de la necesidad de reconocer diplomáticamente a la URSS, como una manera de admitir la realidad europea desde 1917 y de unir fuerzas en oriente frente a Japón⁵⁵. El ascenso del nazismo en Europa y la distensión con respecto a la URSS, influirían también en los juicios diplomáticos sobre la situación española.

Las primeras opiniones del nuevo embajador en la campaña electoral señalaban ya la poca importancia del comunismo y advertían sobre el crecimiento del movimiento fascista. Respecto al primer aspecto recordaba que en las elecciones municipales celebradas en abril, los comunistas sólo habían conseguido 26 concejales de un total de 16.031 y constataba que el comunismo «al menos en la variante de Moscú, no es consonante con el carácter individualista de los españoles»⁵⁶. En cuanto al crecimiento del movimiento fascista es el aspecto que recomendaba especialmente incluir en los informes consulares⁵⁷.

En su exhaustivo y detallado análisis de las elecciones de noviembre de 1933 destacaban dos conclusiones muy acertadas. La primera, constataba la fuerza de la derecha agrupada en la CEDA y la progresiva debilidad del centro, representada por el republicanismo histórico y el

⁵⁴ D. LITTLE, *op. cit.* p. 132.

⁵⁵ R. DALLEK, *op. cit.* pp. 78-81.

⁵⁶ Bowers to Secretary of State, Madrid, 26 de octubre de 1933, Spain, Internal Affairs, Part. I, rollos 3 y 4.

⁵⁷ Bowers to Secretary of State, «the annual review of the political reports made to the Embassy by the Consulates in Spain». Spain, Internal Affairs, Part. I, rollos 3 y 4.

partido radical. La segunda conclusión se refería a las políticas sociales radicales y sobre todo a la cuestión religiosa, como las responsables del resultado electoral. Respecto al nuevo gobierno de Lerroux, Bowers creía que solo derogarían las reformas más radicales, empleando medios estrictamente constitucionales⁵⁸. La tranquilidad de los meses siguientes, parecía confirmar la moderación del cambio político.

El único conflicto serio hasta la primavera de 1934 fue la insurrección anarquista de diciembre de 1933. De las tres que hubo durante la República, esta última fue la que más se extendió por el conjunto del país y aunque fue sofocada rápidamente, provocó la muerte de 10 personas en 4 o 5 días en enfrentamientos con la guardia civil y algunos descarrilamientos de trenes espectaculares, explosiones, huelgas y luchas callejeras. Bowers no tenía duda de que el movimiento era puramente anarcosindicalista, a la vez que lo catalogaba como expresión del «espíritu de revuelta, siempre endémico en España», acentuado por la caída de la monarquía, pero que ocurrirían siempre⁵⁹. También el *New York Times* coincidía en no dar gran importancia a esta tercera insurrección anarquista, pues consideraba a la República suficientemente fuerte para sobrevivir y «la ley y el orden» tenidos como esenciales para la existencia nacional⁶⁰.

Internacionalmente, en medio de los efectos de la gran depresión y la ascensión del fascismo y nazismo en Europa, el año 1934 supuso un gran cambio en la organización de la izquierda y la protesta social en Europa y Estados Unidos. Los socialistas austriacos se alzaron en una insurrección defensiva frente al nazismo en febrero, a la vez que la izquierda francesa se unía en una gran manifestación contra las Ligas Patrióticas, poniendo las bases de la unidad de acción, que precedería a la formación del Frente Popular⁶¹. En cuanto a Estados Unidos, los primeros efectos de la legislación de Roosevelt sobre el movimiento sindical (NIRA), se hicieron sentir en 1933 y sobre todo en 1934, cuando un movimiento huelguístico en el que participaron 1.500.000 trabajadores movilizó incluso a los trabajadores agrícolas temporeros y a los actores de Hollywood. Además tres huelgas generales, que utilizaron piquetes

⁵⁸ Bowers to Secretary of State, Madrid, 28 de noviembre de 1933, Spain, Internal Affairs, Part. I, rollos 3 y 4.

⁵⁹ Bowers to Secretary of State, Madrid, 13 de diciembre de 1933, Spain, Internal Affairs, Part. I, rollos 3 y 4.

⁶⁰ «Troubles of Spain», *New York Times*, 12 de diciembre de 1933.

⁶¹ Pierre BROUÉ, «Octubre del 34 en el contexto europeo», en *Octubre 1934*, Cincuenta años para la Reflexión, Madrid, Siglo XXI, 1985, pp. 9-13.

armados y grupos de choque, en Toledo (Ohio), Minneapolis y San Francisco conmocionaron al país⁶².

Este movimiento huelguístico era el mayor desde 1919-1921 y no solo expresaba el descontento y las malas condiciones de trabajo causadas por la depresión, sino también la crisis del sindicalismo conservador de la American Federation of Labor (AFL) y la aparición del nuevo sindicalismo industrial, organizado en el Congress for Industrial Organization (CIO) en 1935. Por primera vez agrupó a emigrantes de segunda generación, negros, mejicanos y mujeres en un movimiento muy espontáneo, dirigido en sus cuadros medios por socialistas, trotskistas y comunistas, que veían en él la posibilidad de crear un tercer partido socialista⁶³.

Precisamente, una comisión de la ciudad de Toledo (Ohio) visitó España en el verano de 1934. En la estación de Toledo fueron recibidos por una banda militar que tocaba el himno nacional y una flotilla de aviones que volaba a baja altura, les entregaron las llaves de la ciudad, les arrojaron rosas rojas desde un balcón, pasaron revista a las tropas desde los balcones del ayuntamiento y al día siguiente presenciaron la procesión del Corpus Christi y saludaron al cardenal Gomá. Esta comitiva, compuesta por socialistas y sindicalistas fue también a la casa de campo del Dr. Gregorio Marañón, donde conocieron al conde de Romanones⁶⁴. Al partir la delegación de Ohio, Bowers dio una recepción en su honor, en la que circularon rumores de un golpe militar y de que los socialistas se preparaban para la acción.

Desde enero de 1934 el embajador había informado al Departamento de Estado sobre la organización de un Frente Popular entre socialistas y sindicalistas y de la preparación conjunta de una huelga general, que paralizaría ferrocarriles y servicios. La señal para la Huelga General sería la aprobación por las Cortes de la amnistía general para todos los que habían atentado contra la República, exceptuando los participantes en el movimiento anarcosindicalista de diciembre de 1933. El informe concluía con la afirmación de que el sistema democrático era más teórico que real y que los socialistas una vez habían perdido las elecciones «empezaron a hablar de la dictadura del proletariado» y el

⁶² A. BOSCH, «Estados Unidos en los años treinta: ¿Un Socialismo Imposible?», en *Historia Social*, núm. 11, p. 45.

⁶³ *Idem*, pp. 45-46.

⁶⁴ Claude G. Bowers, *Misión en España*, México D.F., Grijalbo, 1966, pp. 87-91. La visita es recordada un año después por Bowers como muestra de las manifestaciones de amistad hacia Estados Unidos en España, en Bowers to The Secretary of State, Madrid, 8 de julio de 1935. Spain, Foreign Affairs, 1930-1939, rollo 3.

terreno parecía abonado para poderes dictatoriales, tanto de derecha, como de izquierda⁶⁵. En marzo, un informe de Berlín al Departamento de Estado aseguraba que la derrota socialista en Austria tendría efecto en los socialistas españoles y sus planes⁶⁶, mientras que en abril se indicaba desde Riga, que la prensa de Moscú había dedicado menos atención editorial a España de lo que podía esperarse, aunque esperaban que la situación española evolucionara en un sentido revolucionario, pues «tras París y Viena, tocará el turno al proletariado español.⁶⁷»

Sin embargo hasta que estalló el problema catalán en junio la situación fue tranquila. Hubo una serie de huelgas en Valencia, Zaragoza y Madrid en mayo, pero las desavenencias entre socialistas y sindicalistas impedían constituir un «frente unido del trabajo». En junio el asesinato del general Berenguer se unía a la huelga campesina socialista. «pero la situación más grave existe en Cataluña», dónde la declaración de inconstitucionalidad de la Llei de Contractes de Conreu hacía que Cataluña estuviera « en rebelión abierta contra la autoridad de la República»⁶⁸.

Tras el verano, el anuncio de que ministros cedistas iban a entrar en el gobierno fue la señal para el comienzo del movimiento insurreccional socialista, que se convirtió en huelga general en todo el país, movimiento revolucionario en Asturias y oportunidad para proclamar una República Catalana separada del resto del Estado. El *New York Times* dio cuenta de los acontecimientos en primera página el día 6 de octubre de 1934 y siguió informando ampliamente en los días siguientes. Consideraba que el resultado de la lucha fue una derrota para los socialistas, cuyo « poder político sobre el trabajo organizado se romperá por largo tiempo, quizás de forma permanente»⁶⁹. En días sucesivos aparecían entre sus páginas internacionales noticias de otras importantes huelgas mineras en Polonia y Hungría⁷⁰.

⁶⁵ Bowers to The Secretary of State, Madrid, 8 de enero de 1934. Spain, Internal Affairs, Part. I, rollos 3 y 4.

⁶⁶ William E. Dodd to The Secretary of State, «Confidential memorandum of conversation with the Spanish Chargé ad interim», Berlín, 3 de marzo de 1934. Spain, Internal Affairs, part. I, rollos 3 y 4.

⁶⁷ Felix Cole to the Secretary of State, Riga 6 de abril de 1934. Spain, Internal Affairs, part. I, rollos 3 y 4.

⁶⁸ Bowers to the Secretary of State, Madrid, 13 de junio de 1934. Mas información sobre Cataluña en los informes de 20 y 27 de junio de 1934. Spain, Internal Affairs, part. I, rollos 3 y 4.

⁶⁹ *New York Times*, 14 de octubre de 1934.

⁷⁰ En Polonia, 60 mineros iniciaron en una mina norteamericana una huelga de hambre bajo tierra. En Pecs (Hungría) otros mil doscientos mineros estuvieron en huelga de hambre durante cinco días. *New York Times*, 31 de octubre de 1934.

La tónica general del año 1935 fue la tranquilidad hasta el otoño, cuando la radicalización de las derechas y la actitud del ejército hacían presagiar futuros problemas. Según D. Little, Bowers se fue acercando más a Lerroux y Gil Robles al comprobar que empleaban «estrictamente medios constitucionales»⁷¹, pero en sus memorias el embajador reiteraba que bajo la ausencia aparente de conflictos y la calma dominante del año 1935, el gobierno mantenía la censura de prensa, las noticias propagandísticas sobre conflictos y a partir del otoño se hicieron evidentes la radicalización de la derecha y la actitud golpista en el ejército⁷².

Como recogía el *New York Times* fue el primer primero de mayo desde que se proclamó la República en que no había habido convocatoria de huelga general y fue también un día de calma en Europa Occidental. En Londres el día fue tan tranquilo como un domingo de «Picnic». En París no hubo ningún desorden y predominó el ambiente de fiesta, mientras que en otras muchas ciudades francesas socialistas y comunistas desfilaron al son de bandas municipales ante la presencia de tolerantes autoridades municipales.

En el este y centro de Europa, la situación era más adversa. En Zagreb algunos cientos de comunistas desfilaron por una Yugoslavia soviética en la plaza principal. En Sofía los comunistas intentaron construir barricadas en los suburbios y en Bucarest 50 comunistas fueron arrestados, se descubrieron dos imprentas secretas y una gran cantidad de material fue confiscado. En Budapest los socialistas celebraron la fiesta del primero de mayo sin disturbios y en Varsovia se permitió desfilar a los socialistas, pero no a los comunistas⁷³.

En este contexto España, una vez más para el *New York Times*, parecía haber elegido el modelo de Kerenski frente al de Lenin y Stalin y prefería el gradualismo y la Reforma a la lucha de clases, pues a pesar de la insurrección de Asturias no se había producido el bandazo rígido de la reacción, que se esperaba⁷⁴. Lo que si fue gestándose en 1935, tras la dura represión de 1934, fue una tendencia a la unidad de acción entre la izquierda, que cristalizaría en la coalición electoral de Frente Popular, victoriosa en las elecciones generales de febrero de 1936.

El año 1935 anunciaba el cambio espectacular en las relaciones internacionales, que se confirmó en 1936, y la configuración de las estra-

⁷¹ D. LITTLE, *op. cit.* p. 143.

⁷² C.G. BOWERS, *op. cit.* caps. VIII y XIX.

⁷³ *New York Times*, 3 de mayo de 1935.

⁷⁴ *New York Times*, 11 de mayo de 1935.

tegas de Frente Popular en respuesta a las agresiones de las potencias del Eje. La estrategia francesa para contener a Alemania, basada en los acuerdos de Stresa (14 de abril de 1935) con Italia y el pacto Franco-Soviético (2 de mayo de 1935) se tambaleaba seis meses después, dejando vía libre a Alemania. El frente de Stresa se disolvió en otoño de 1935 por la oposición de Gran Bretaña y Francia a tolerar la política italiana en Etiopía y la alianza Francorrusa era incompleta y fue aceptada por ambas partes con muchas reticencias, porque no fue acompañada de un acuerdo militar, que concretara el alcance práctico de los compromisos adquiridos. Además, Gran Bretaña accedió al rearme naval alemán en junio de 1935.⁷⁵

En marzo de 1936 Alemania ocupaba la zona desmilitarizada de Renania, tolerando Francia una nueva violación del Tratado de Versalles y perdiendo la garantía de seguridad, que constituía para ella la demilitarización. Por su parte Italia invadió Etiopía y puso en evidencia una vez más la impotencia de la Sociedad de Naciones. Ambas naciones formalizarían públicamente el eje Berlín-Roma en otoño de 1936 y los gobiernos alemán y japonés firmaron el pacto anti-Comintern contra la URSS.

Con el estallido de la Guerra Civil española, en el verano de 1936, la amenaza de una guerra general dominaba las relaciones internacionales. Al conflicto español se sumarán después los actos de fuerza de Alemania en la Europa central y en el extremo oriente el expansionismo japonés sobre China, evidente desde que se estableció el protectorado en Manchuria en 1932 y transformado en guerra abierta en julio de 1937⁷⁶.

En cuanto a la estrategia de «Frente Popular» fue anunciada por Dimitrov en el VII Congreso del Comintern, celebrado en julio-agosto de 1935. Esta alianza de comunistas, social-demócratas y partidos demócratas tenía la doble finalidad de contener al fascismo en Europa y sacar a Rusia de su aislamiento y soledad internacional frente a Alemania. Las peculiares condiciones francesas, donde desde 1934 la izquierda practicaba la unidad de acción frente al ascenso «fascista» de las «ligas» y donde se materializó un pacto Franco-Soviético desde la primavera de 1935 favorecieron la gestación paulatina de un Frente Popular, que ganaría las elecciones en mayo de 1936; como las había ganado en España en el mes de febrero. Una coalición similar a estos frentes

⁷⁵ P. RENOUVIN, *Historia de las Relaciones Internacionales*, Madrid, Akal, 1982, pp. 1000-1011.

⁷⁶ *Ibidem*, pp. 1021-1051.

populares europeos, consiguió un nuevo triunfo para Roosevelt en las elecciones presidenciales de noviembre de 1936.

En los Estados Unidos el nuevo sindicalismo industrial se agrupaba en la CIO desde el 10 de noviembre de 1935 con la intención de participar activamente en la actividad política; mientras Roosevelt perdía el apoyo del mundo de los negocios tras la aprobación en julio de 1935 de la «National Labor Relations Act», que por primera vez garantizaba a los trabajadores norteamericanos la libertad de organización y negociación y el derecho de huelga. Para su reelección en 1936 Roosevelt no pudo contar con la alianza de todas las clases que guió su campaña anterior y buscó el apoyo de las masas de las grandes ciudades y de la CIO. La CIO apoyó a Roosevelt con sus votos, el donativo más importante de la campaña e incluso formando la «Labor non Partisan League», para ayudar activamente a la reelección de Roosevelt. El presidente demócrata volvió a ganar las elecciones por un margen amplísimo y el sindicalismo radical de la CIO consiguió afianzarse en los meses siguientes con la protección gubernamental⁷⁷.

En cuanto a la política exterior norteamericana, en diciembre de 1933 Roosevelt había conseguido que el Congreso accediera a establecer relaciones con la URSS, pero ante el expansionismo alemán y japonés y el peligro de guerra en Europa, la opción del Congreso y de la opinión pública fue la neutralidad, refrendada en las sucesivas leyes de neutralidad de 1935, 1936 y 1937, y expresada así por Roosevelt en su discurso de Chautauqua en agosto de 1936: «me gustaría evitarla (la guerra) para todas las naciones, pero como está mas allá de mi poder, yo puedo al menos asegurar que ninguna acción de Estados Unidos ayudará a producir o promover la guerra (...)»⁷⁸.

Este año decisivo de 1936 a nivel internacional, lo fue también en términos de agitación huelguística y conflictividad social, especialmente en aquellos países en que sus gobiernos habían sido elegidos por coaliciones populares amplias, como Estados Unidos, Francia y España. En el mes de mayo de 1936, con la victoria del Frente Popular en Francia, casi todas las industrias hicieron huelga y en muchas de las más importantes hubo ocupaciones y se establecieron barricadas en demanda del derecho a la negociación colectiva⁷⁹. En junio el movimiento huelguístico continuaba en París y las ciudades más importantes, bajo banderas rojas y uniendo las huelgas a las de Bélgica y España, mien-

⁷⁷ A. BOSCH, *op. cit.* pp. 46-48.

⁷⁸ T.G. PATERSON, *op. cit.* p. 171.

⁷⁹ *New York Times*, 2, 27, 29, 20 y 31 de mayo de 1936.

tras que los propietarios lo interpretaban como un movimiento revolucionario y León Blum prometía cumplir el programa del Frente Popular⁸⁰. En julio las huelgas siguieron siendo muy importantes, afectando incluso a los artistas de la ópera y tomaron un nuevo cariz a mitad del mes de agosto al demandar del gobierno la ayuda al bando republicano en la guerra civil española⁸¹. El *New York Times Magazine* se refería en julio a este movimiento huelguístico, como «la Revolución Francesa en Estilo Moderno».⁸²

En España, la posibilidad de una victoria del Frente Popular llenaba de preocupación a diplomáticos y multinacionales norteamericanas, pues esperaban que facilitara el acceso al poder de la izquierda y llevara al país a una guerra civil. Desde la victoria frentepopulista de febrero de 1936, la movilización social y huelguística se unió al agravamiento de la crisis política, caracterizado por la radicalización y la amenaza hecha realidad de la intervención del ejército. Mientras el 25 de Febrero de 1936, el ministro de asuntos exteriores español, Sr. Barcia, creía que el peligro de guerra inmediato estaba en el extremo oriente⁸³ y Bowers aunque reconocía la agitación huelguística de los meses siguientes y daba cuenta de ella al departamento de Estado, no pensaba que correspondiera al estado de alarma constante señalado por la derecha. En abril, la amenaza de huelga de la UGT era ya para presionar al gobierno por las acciones provocativas de los «fascistas» y la insubordinación mostrada por miembros de la guardia civil⁸⁴, en junio al menos 400 huelgas estaban en marcha en el país y coincidían los problemas laborales «con diferencias entre las partes del frente de izquierdas para llevar a un nuevo alineamiento político»⁸⁵, mientras que el 14 de julio, cuatro días antes del golpe militar, el informe del agregado militar al Secretario de Estado señalaba que las huelgas y conflictos eran en muchos casos fomentados por la rivalidad entre la UGT y la CNT, que las autoridades gubernamentales se mostraban incapaces de controlar la creciente ola huelguística, así como de arbitrar los intereses de trabajadores y propietarios y de garantizar el derecho al trabajo.

⁸⁰ *New York Times*, 1, 5, 6,, 10, 11, 15, 23, 24 y 27 de junio de 1936.

⁸¹ *New York Times*, 2, 6 y 23 de junio de 1936.

⁸² *New York Times Magazine*, 19 de julio de 1936.

⁸³ Bowers to Secretary of State, Madrid, 25 de febrero de 1936. Spain, Foreign Affaires, rollo 1.

⁸⁴ Bowers to Secretary of State, Madrid, 2o de abril de 1936. Spain, Internal Affaires, Part. II rollo 11.

⁸⁵ Bowers to Secretary of State, Madrid, 3 de junio de 1936. Spain, Internal Affaires, part. II, rollo 11.

Destacaba también que aún continuaba en Madrid la huelga de la construcción, comenzada a principios de junio, que implicaba a 80.000 trabajadores y hacía muy difícil la vida en la capital y se anunciaban huelgas generales en los ferrocarriles, los tranvías, metro y servicios de Madrid, a la vez que en el campo habían comenzado las tareas de recolección en medio de luchas considerables entre propietarios y campesinos. La conclusión del agregado militar era la siguiente:

«el movimiento huelguístico y los muchos problemas que este plantea, tales como el reajuste económico general y el incremento del costo de la vida están preocupando y afectando a la vitalidad del gobierno, que parece incapaz de hacer frente a las demandas de los elementos en que se basa su poder. El gobierno parece desorientado e incapaz de solucionar con éxito los graves problemas actuales. Una reorganización ministerial debería efectuarse en un futuro próximo»⁸⁶.

A partir del 18 de julio el gobierno republicano vio multiplicados sus problemas con la guerra civil y la revolución. Para solucionarlos no iba a ser suficiente una reorganización ministerial, eran precisas entre otras cosas ayuda económica y militar para vencer a los militares insurrectos, que en unas semanas contaron con la ayuda de Alemania e Italia. Ante esta demanda republicana, Francia y Gran Bretaña optaron por la política de «no intervención» y Estados Unidos por el equivalente «embargo moral». Un especialista en la política exterior de Roosevelt como R. Dallek insiste en que la motivación esencial de esta política para Londres y Washington era impedir que el conflicto se convirtiera en europeo, a la vez que en un país como EE.UU. con un fuerte sentimiento por la paz, Roosevelt trataba de demostrar a los americanos que era su mejor esperanza contra la guerra⁸⁷ y por primera vez su política internacional contentaba por igual a aislacionistas e internacionistas, pues se alineaba con la política exterior de las potencias europeas, sin necesidad de intervenir en un conflicto armado fuera de EE.UU. Sin embargo, según D. Little esta política no se adoptó por las presiones aislacionistas de la opinión pública, ni en la aplicación de unas leyes de neutralidad, que no contemplaba los conflictos civiles, ni por el temor de que la guerra se extendiera a Europa; sino porque el gobierno Giral no podía contener las tendencias comunistas en el bando republicano.⁸⁸

⁸⁶ Colonel Stephen O. Fuqua, agregado militar, Madrid 14 de julio de 1936. Spain, Internal Affairs, part II. rollo 11ç.

⁸⁷ R. DALLEK, *op. cit.*, pp. 127-128.

⁸⁸ D. LITTLE, *op. cit.*, p. 265.

Efectivamente, como señalaba el entonces Secretario de Estado C.Hull, el reparto de armas a «irresponsables organizaciones de izquierda» preocupó a las autoridades norteamericanas, pero no decidió la política de «embargo moral» con respecto a España, determinada por la posición británica y francesa para evitar la extensión de la guerra en Europa y por la propia seguridad y paz de Estados Unidos.⁸⁹

Esta política exterior respecto a España coincidía con una distensión progresiva con respecto a la URSS y con los momentos más progresistas de los tres mandatos rooseveltianos. En la prensa norteamericana no solo aparecían anuncios turísticos para ampliar a Rusia el «Tour» europeo⁹⁰, sino que se daba amplia información sobre el talante liberal de la nueva constitución soviética, los progresos económicos y sociales de la URSS y se consideraba que Stalin y sus colaboradores no eran «cruels, ni estrechos de miras, sino altruistas, que deseaban lo mejor para la mayoría».⁹¹ En este sentido, recientemente E. Hobsbawm ha recordado, que en 1938 el 83% de los norteamericanos encuestados, estarían del lado de la URSS en una hipotética guerra entre la URSS y Alemania⁹².

Por otro lado se seguía insistiendo en que la gran diferencia entre los dos continentes era que la principal preocupación europea era la paz y la principal preocupación norteamericana la reconstrucción económica. En efecto, el segundo mandato de Roosevelt comenzó también con esta preocupación esencial de disminuir el desempleo y reactivar la economía. Por otro lado el decisivo papel del sindicalismo industrial en la reelección del presidente, dio a la CIO un gran poder de negociación y de lucha, tal y como se demostró en el movimiento de ocupación de fábricas y huelgas de brazos caídos que movilizó a más de 400.000 trabajadores en todo el país durante los seis primeros meses de 1937, cuyo hecho más destacado fue la ocupación victoriosa durante seis semanas de la fábrica de la General Motors en Flint, que hizo pensar a sectores conservadores en el peligro de una revolución.

⁸⁹ *The Memoirs of Cordell Hull*, vol. 1. London, Hodder & Soughton, 1948, pp. 475-492.

⁹⁰ *New York Times Magazine*, 15 de marzo de 1936.

⁹¹ «Liberalism advances in Soviet Russia» por Walter DURANTY, *New York Times Magazine*, 19 de julio de 1936.

⁹² E. HOBBSBAM, *Historia del Siglo XX* Barcelona, Crítica, 1995, p. 149.

IV. Conclusión

La visión norteamericana sobre la Segunda República Española reflejada en este artículo se ha basado en dos perspectivas: la del personal diplomático destinado en España y la del prestigioso periódico liberal *The New York Times*. Ha pretendido ser una mirada sobre los conflictos sociales y políticos españoles, desde el contexto de los propios conflictos sociales y políticos norteamericanos. De esta manera se comprueba que la «opinión» y la «política oficial» sobre la Segunda República dependía tanto de la coyuntura internacional, como de los problemas internos norteamericanos y estaba tejida de mucha mayor complejidad que el simple prejuicio anticomunista.

Los problemas internos norteamericanos eran muchos en los años treinta y no muy distintos en apariencia a los españoles: gravísima crisis económica, paro forzoso muy elevado, la transformación del estado que supuso el *New Deal*, crecimiento y reorganización de la protesta social y la izquierda. La dificultad de solucionar estos graves problemas obligó a los presidentes norteamericanos a centrarse en la política interna y a acentuar el «aislamiento» internacional de la política norteamericana con respecto a Europa.

A pesar de ello y de que España era una preocupación marginal para EE.UU., el Departamento de Estado recibía una información muy detallada de sus cónsules y empleados diplomáticos sobre casi todos los aspectos de la vida social, política y económica española; pero Estados Unidos no lideró internacionalmente una «opinión» con respecto a la República, por ser España un asunto europeo. Como asunto europeo EE.UU. subordinaba su actitud diplomática a Gran Bretaña y Francia, tal y como se vio en el tema del reconocimiento del nuevo régimen y posteriormente en la política de «no intervención».

Como telón de fondo de la opinión diplomática, existió siempre el temor de que se repitieran en España aspectos de las revoluciones mexicana y soviética, como evidenciaban los informes del embajador Laughlin. Aún así sus informes más desajustados son los de 1930 y los cinco primeros meses de 1931, cuando interpretaba cualquier conflicto social y político como producto de la subversión comunista. A partir de mayo de 1931 sus informes seguían siendo muy conservadores y anti-comunistas, pero tenían sentido de la realidad e incluso dejaron de ser claramente alarmistas a partir de 1932, cuando apostaban por la estabilidad de la República y tendían a interpretar las huelgas y conflictos sociales como el efecto de la desilusión popular ante las reformas sociales incumplidas.

La información diplomática cambió y mejoró tremendamente con la designación por Roosevelt de un embajador político como Bowers. Cambió también con la amenaza y realidad del expansionismo alemán y japonés y el deseo de Roosevelt, para contrarrestar este último, de restablecer relaciones con la URSS. La información de Bowers era pues detallada, exhaustiva, precisa, sin prejuicios sobre las inclinaciones o peligros comunistas de la República y muy positiva con respecto al nuevo Régimen y sus posibilidades.

En cuanto a la opinión editorial del *New York Times* fue de apoyo, estímulo e interés por el régimen democrático de la Segunda República, a la vez que las crónicas de sus corresponsales se caracterizaban por la precisión y calidad de su información, permitiendo al lector norteamericano de la costa este estar perfectamente informado de los asuntos españoles y europeos.

En contraste, la diplomacia española republicana apenas hubo lugar u opinión para Estados Unidos. La República constitucionalmente se comprometió con una política de paz, de colaboración con la Sociedad de Naciones y los países neutrales y con atención preferente a los países de habla hispana y Portugal. En el primer bienio la República se orientó hacia el bloque Franco-británico, aunque trató de diseñar una política propia en 1933 de acercamiento a Italia y separación de las tesis francesas en el tema del desarme; que se vio truncada por la caída del gobierno Azaña en Septiembre de 1933⁹³. En el bienio radical-cedista se pasó de mantener la permanencia en el bloque franco-británico en los primeros momentos a ir acercándose a Gran Bretaña e Italia, por la cuestión mediterránea en detrimento de Francia. En el período del Frente Popular se retomó la orientación franco-británica y lo más destacado fue el establecimiento de relaciones con la URSS, paso que ya habían dado los gobiernos estadounidense (1933-1934) y francés (1935).⁹⁴

La actitud de la prensa española no era muy distinta. Como señalaban los informes diplomáticos norteamericanos el oficio de periodista estaba mal pagado y considerado socialmente, por lo que no sólo muchos periodistas eran corruptos, sino que la mayoría de los periódicos, con pocas ventas y en mala situación económica, no podían tener co-

⁹³ Ismael SAZ, «La política exterior de la II República en el primer bienio (1931-1933): una valoración», en *Revista de Estudios Internacionales*, octubre-diciembre 1985.

⁹⁴ M.^a de los Ángeles EGIDO LEÓN, *La Concepción de la Política Exterior Española durante la Segunda República*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1987, cap. 2 y 3.

rresponsales extranjeros y recibían las noticias internacionales de París, dónde eran interpretadas según la política francesa⁹⁵.

En el decisivo año de 1936, evoluciones políticas y sociales parecidas a la española no llevaron a Estados Unidos, ni a Francia a apoyar a la República en la Guerra Civil. Francia se vio obligada por Gran Bretaña a adoptar la política de «no intervención» y Estados Unidos siguió la política de ambas. Según Little parecía menos peligroso apoyar a un nacionalista no fascista, que a un Régimen en que los republicanos no podían contener la progresiva influencia soviética. Sin embargo, conviene recordar que se tomaba esta decisión, precisamente cuando las relaciones EE.UU.-URSS estaban en su momento más distendido y ambas potencias estaban interesadas en que fueran buenas en un año especialmente complicado de la política internacional y nacional.

⁹⁵ Bowers to Secretary of State, 6 de junio de 1934 y 27 de julio de 1934. Spain, Internal Affairs, part. II, rollo 22.